

Los coleccionistas

CATALINA GONZÁLEZ VILAR

everest

Los coleccionistas

*OBRA GANADORA DEL V PREMIO
VILLA DE POZUELO DE ALARCÓN
DE NOVELA JUVENIL*

El 28 de abril de 2011, el jurado formado por D. Luis María Ansón Oliart, Académico de la RAE; Juan Ignacio García Garzón, crítico teatral de ABC, periodista y escritor; María del Rosario Martínez de Burgos Fernández, periodista; Soledad Puértolas Aragón, escritora y Académica de la RAE; Luis Suñén García-Vaquero, crítico literario; y África Sánchez Marín, concejal de Cultura de Pozuelo de Alarcón, premió esta novela.

Dirección Editorial

Raquel López Varela

Coordinación Editorial

Antonio Manilla

Maquetación

Jorge Garrán Marey

Ilustración de cubierta

Antonio Ladrillo

Diseño de cubierta

Darrell Smith

Reservados todos los derechos de uso de este ejemplar. Su infracción puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Prohibida su reproducción total o parcial, comunicación pública, tratamiento informático o transmisión sin permiso previo y por escrito. Para fotocopiar o escanear algún fragmento, debe solicitarse autorización a EVEREST (info@everest.es), como titular de la obra, o a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

© del texto: Catalina González Vilar

© del diseño: EDITORIAL EVEREST, S. A.

Carretera León-A Coruña, km 5 –LEÓN

ISBN: 978-84-441-0373-0

Depósito legal: LE. 103-2012

Printed in Spain –Impreso en España

EDITORIAL EVERGRÁFICAS, S. L.

Carretera León-A Coruña, km 5

LEÓN (España)

Atención al cliente: 902 123 400

www.everest.es

Capítulo 1. La plaza Concordia

A comienzos de aquel verano la ciudad se quedó definitivamente vacía. O al menos así me lo pareció a mí, que tenía la sensación de ser la única persona de mi edad en cientos de kilómetros a la redonda. Mis primos, mis compañeras de clase, incluso los hijos pequeños de nuestros vecinos, con los que me había resignado a jugar durante las últimas semanas, habían sido enviados uno tras otro a la playa o al campo, lejos de la amenaza creciente de los bombardeos.

Por otra parte mis padres, sin pretenderlo, fueron los primeros en emprender ese éxodo. Un viaje de negocios les llevó fuera del país en el peor momento, y desde entonces trataban de regresar sin ningún éxito. En sus cartas, dirigidas a los parientes en cuyas casas fui acogida

sucesivamente, se mostraban afectuosos y preocupados por mí, pero la situación se prolongó semana tras semana durante aquella larga primavera, sin que ninguna de las fechas previstas para nuestro encuentro se cumpliera.

Indistinguibles en su mayoría tras todo tipo de uniformes militares, los adultos que quedaban se hallaban inmersos en una febril actividad destinada a prepararnos para resistir el avance del frente, cada día más próximo. Junto a ellos los grupos de voluntarios, jóvenes casi niños y hombres demasiado mayores para alistarse, acondicionaban refugios antiaéreos y realizaban continuos simulacros que, con sus poderosas sirenas y toques a rebato, mantenían en vilo a la ciudad.

Finalmente, también mi tía Raquel, la más joven de las hermanas de mi padre y cuyo marido estaba en el frente, fue movilizada tras presentarse voluntaria. De un día para otro pasó a vestir el uniforme de enfermera y, sin saber qué hacer conmigo, tomó la decisión de enviarme con el único miembro de la familia que aún permanecía ocioso en la ciudad, la tía abuela Henrieta.

La casa de la tía Henrieta se encontraba en la Plaza Concordia, en la zona más antigua de la ciudad, algo alejada de las calles por las que solía discurrir nuestra vida. Todos mis recuerdos de aquel lugar estaban relacionados con fechas señaladas, como la noche de Navidad o el santo de mi madre, pues era allí donde nos reuníamos con la familia para este tipo de celebraciones. Eso no significaba que la casa me gustase. Era grande, oscura, con escaleras de madera que crujían a cada paso y muebles feos y pesados. Y mi tía Henrieta no era mucho mejor, tan obstinada y temperamental que incluso su hermano menor, el tío Edmundo, que en su juventud había ganado una Cruz al

Valor, llevaba buen cuidado de no impacientarla en sus breves visitas navideñas.

Pese a todo, cuando me dieron la noticia recordé que mi habitación, en el piso superior, no me disgustaba. Tenía una ventana ovalada que daba a la pequeña plaza y un imponente tocador con un gran espejo. Había sido el dormitorio de mi madre y, aunque yo solo había dormido allí esporádicamente, sentía que tenía pleno derecho sobre él, ya que mis primos, todos chicos, compartían en sus visitas los otros dos cuartos al fondo del pasillo. Al menos en una casa tan grande no molestaría, me dije, y en ese cuarto podría esconderme de mi tía tanto tiempo como quisiese, resistiendo así hasta que mis padres regresasen.

Aquella misma tarde tía Raquel, con su uniforme blanco y almidonado, contrató frente al centro de reclutamiento a un muchacho para que me llevase en automóvil hasta mi nueva residencia. Tras muchos rodeos, el improvisado chofer me dejó junto a la estrecha bocacalle que conducía a la plaza Concordia.

–Imposible entrar ahí con el coche –me dijo–. De modo que, arrastrando mi maleta sobre el empedrado, me adentré, por primera vez a solas, en aquella callejuela sin ventanas.

Cien o doscientos metros más tarde apareció ante mí la plaza. Pequeña, luminosa, recogida, con la fuente no mucho más alta que yo rumoreando en su centro y las fachadas de sus dos edificios principales enfrentadas la una a la otra. Todo estaba tan silencioso como recordaba, como si el nervioso ajeteo de la ciudad, con sus camiones militares y sus tropas en danza, hubiese pasado por alto aquel lugar. Me encaminé a casa de mi tía, y pulsé el timbre. El sonido de la campanilla me llegó, nítido, desde el interior del caserón.

Abrió la puerta Dora, la mujer que desde hacía años ayudaba a mi tía Henrieta con la cocina y los trabajos pesados. Era menuda, muy delgada y ligeramente cheposa, pero enormemente enérgica. En ocasiones especiales también venía a nuestra casa y, si las cosas iban bien, me dejaba ayudarla con pequeñas tareas como pelar judías, embadurnar los moldes de mantequilla o barnizar la empanada con clara de huevo. Hasta donde yo sabía, hablar era lo que más le gustaba en el mundo, y tal vez porque a mí me encantaba escuchar, las cosas siempre habían sido fáciles entre nosotras.

Aquel día, sin embargo, y pese a que hacía meses que no nos veíamos, me recibió con prisas, la chaqueta ya puesta y el bolso al hombro. Con cuatro palabras me informó de que mi tía Henrieta no estaba en la ciudad. El aviso de tía Raquel acerca de mi inminente y, en principio, breve estancia, la había sorprendido pasando unos días a las afueras, en casa de una antigua amiga que cumplía años, lo que da una idea de hasta qué punto aquella señora, pese a su edad, era una mujer de carácter que no estaba dispuesta a que ni siquiera una guerra modificase sus planes.

–Aún así, dada la situación –me explicó Dora–, ha consentido en adelantar su regreso a mañana. Hasta entonces se las ha ingeniado, ¡vaya novedad!, para que yo dejase lo que estuviese haciendo y viniese a recibirte. ¿Qué importancia pueden tener mis obligaciones si ella está merendando con su amiga? Pues bien, aquí estoy y ya has llegado, ahora tendrás que apañártelas, porque tengo muchísimo que hacer.

No alcancé a decir ni media palabra, limitándome a seguir sus indicaciones y entrar en el vestíbulo para dejar libre el camino de salida. Con la mano ya en el pomo, a

punto de cerrar tras ella, Dora se detuvo, y girándose volvió a entreabrir la puerta.

–Has crecido mucho desde la última vez que te vi, Linda –me dijo, frunciendo el ceño como si eso no le pareciese del todo bien. Luego, tal vez recordando que hablaba conmigo y no con mi tía, su voz se suavizó algo–. ¿Estarás bien, verdad? ¿No te dará miedo quedarte sola esta noche?

Ni siquiera había caído en la cuenta de ese detalle, tan aturdida estaba, pero de cualquier modo me apresuré a negar con la cabeza tratando de aparentar confianza.

–Buena chica. Mañana me voy de la ciudad por un tiempo, así que es posible que tardemos en vernos...

Dudó un momento más. Me abrazó rápidamente y volvió a la puerta.

–Buena suerte –dijo, y cerró tras ella.

Me quedé unos minutos allí plantada, mirando la puerta, como si en vez de estar dentro de la casa me encontrase aún fuera, dudando sobre si llamar y entrar. Después di media vuelta, subí a la tercera planta y busqué mi habitación. Estaba tal y como recordaba, con su gran tocador y su ventana ovalada. Dora había tenido el tiempo justo para pasar un plumero y dejar un juego de sábanas limpias sobre la cama. Olían a alcanfor, como todo allí. Abrí la ventana y observé la plaza.

Del único surtidor de la fuente el agua manaba sin fuerza día y noche. Era agua potable, procedente de un manantial profundo, por lo que siempre estaba limpia y fresca. Su sonido, al caer desde la copa más alta a la

más baja, resonaba en las paredes de los edificios que se ordenaban en torno suyo.

De aquellas casas solamente dos ofrecían su fachada principal a la plaza, la de mi tía y la que se levantaba justo frente a ella. Entre ambas, a mi derecha, se alzaba el muro trasero, alto y cerrado, de un patio perteneciente a una casona noble cuyo portal miraba hacia una calle amplia, al otro lado. Tras el muro asomaban las copas de algunos árboles y la silueta alta y esbelta de una palmera, pero ni siquiera desde mi habitación podía distinguir algo más sobre la forma y características de aquel jardín.

Hice la cama y colgué la ropa en el armario. Todo lo que tenía estaba en aquella maleta y no tardé en vaciarla. Después, algo amedrentada por el silencio de la casa y por la perspectiva cada vez más cercana de la noche, salí al portal y me senté en sus escalones. Comenzaba a atardecer y corría una suave brisa. El aire olía a hojas y tierra, probablemente del otro lado del muro. De haber estado mis primos hubiésemos jugado al tejo o al “*tú la llevas*”, pero esta vez tuve que conformarme con quedarme sentada sin más, mirando la fuente y el edificio que tenía ante mí.

Su fachada, gris claro, era algo más alta que la nuestra y al menos dos veces más ancha. Las ventanas, de distinto tamaño según el piso, aparecían rematadas por elegantes frontones triangulares, y sobre la puerta principal una marquesina de piedra daba sombra a un pequeño porche.

Este soportal, con sus dos finas columnas y su breve pero elegante escalinata, irritaba profundamente al tío Edmundo. Cada Nochebuena, observándolo desde la ventana del salón mientras los demás nos afanábamos en ayudar a Dora con los preparativos de la cena, meneaba apenado la cabeza,

chasqueaba la lengua y calificaba aquel detalle de “capricho imperdonable”. Ese era el único reproche que se permitía hacer al edificio, ya que en su opinión su arquitectura, pese a su decaído aspecto, respetaba admirablemente las leyes de la armonía y la proporción.

–¡Un *palazzo*, un verdadero *palazzo*! –decía, saboreando aquella palabra exótica como si se tratase de uno de los manjares que ya se acumulaban sobre la mesa. Y algo de razón tenía, pues aunque nadie se hubiese imaginado un palacio como aquel, gris, sucio, y cerrado a cal y canto, sí era cierto que conservaba un cierto aire majestuoso.

Por lo demás, sus cuatro hileras de ventanas, con sus elegantes frontispicios, llevaban cerradas muchísimo tiempo. Hacía casi medio siglo que nadie vivía allí, y durante años, décadas incluso, la única explicación a ese abandono había sido un pequeño letrero colgado sobre la puerta principal, una especie de aviso enmarcado con una fina moldura de madera dorada y protegido por un cristal. En él podía leerse con claridad: “Museo Cerrado”.

El rótulo terminó por desaparecer, yo ni siquiera recordaba haberlo visto, pero su recuerdo perduró en mi familia, y así, como el *Museo Cerrado*, era conocido aquel edificio entre nosotros.

El único que insistía en llamarlo de otro modo era el tío Edmundo. “Es un *palazzo*, ¡el Palazzo Tortelloni!”, decía cada Navidad, en pie aún junto a la ventana, tan orgulloso como si el edificio del que hablaba fuese de su propiedad. Este orgullo se debía en buena parte a que era el único de la familia que había visitado el Museo mientras estuvo abierto, y por eso le complacía tanto hablar de él y recordar aquella breve visita que no le había llevado más allá del vestíbulo.

–Nada más cruzar la puerta me encontré de cara con una serpiente monstruosa. Era más gruesa que mi pierna, –decía, golpeando su muslo con fuerza para que nos fijásemos en él, cosa que hacíamos, pese a que no era tan robusto como para impresionarnos–, y debía medir al menos ocho metros.

Satisfecho por el estremecimiento con el que mis primos y yo, infaliblemente, recibíamos estas palabras, continuaba.

–Colgaba del techo, doblada sobre sí misma. Verde y oscura, con la cabeza triangular casi a ras de suelo... Diablos, aunque gastaba ya pantalones largos, salí corriendo de allí como alma que persigue el diablo. ¡Tendríais que haber visto la cara que puso Enzo Tortelloni! ¡Se quedó a la puerta de su palazzo, más tieso que un palo y sin saber qué diantres había pasado!

Tío Edmundo, recordando esta anécdota, reía hasta congestionarse. Mientras, nosotros esperábamos impacientes, pues con suerte a continuación nos contaría algo más acerca del misterioso y extravagante dueño del Palazzo, aquel coleccionista extranjero que había reunido todo tipo de tesoros en su mansión.

–Nunca pude volver. Primero me lo impidió el miedo y luego, cuando comprendí que probablemente lo que ví era solo la piel de una serpiente muerta, me lo impidió la vergüenza. De todos modos para entonces el señor Tortelloni ya había desaparecido y el museo estaba cerrado, así que tanto da. Nunca llegué a ver la colección de armas, ni la de joyas, ni las alfombras persas, ni la colección de mapas... nada de nada. El miedo y la vergüenza. No hay nada peor para un hombre. Uno se pierde grandes cosas por culpa de esos dos males, que no se os olvide. ¡Hay que

hacerles frente, hacerles frente! Tú también, señorita –me decía, inclinándose por un momento hacia mí, como si quisiese asegurarse de que sus palabras no caían en saco roto–, que no se os olvide. ¡Ah, pastelitos! ¿Alguien podría acercarme un par?, ¿quizá tú, Belinda? Recuerdo una vez, durante la guerra, que no habíamos comido nada...

Y así, tan rápidamente como había surgido el tema de Enzo Tortelloni mi tío se desviaba de él y comenzaba a divagar sobre otros asuntos, contándonos viejas anécdotas que nada tenían que ver con el Museo Cerrado y que nos llevaban lejos, lejísimos, de aquella puerta sellada a cal y canto.

Tampoco mi tía Henrieta había entrado nunca en el Palazzo.

–Estaba demasiado ocupada como para entretenerme cotilleando –resoplaba cuando mis primos y yo le preguntábamos. Pero si le insistíamos conseguíamos de ella algo más de información–. El señor Tortelloni no era un vecino como Dios manda, eso decía siempre mi madre, ¡y cuánta razón tenía! Imaginaros, aquí solos en la plaza, únicamente ellos y nosotros, y nunca, nunca, jamás de los jamases, nos dijo que tuviese un museo en su casa. ¿Os parece lógico? Ni siquiera nos invitó a visitarles... excepto aquella vez que Edmundo salió corriendo, claro–. Si llegado este punto su hermano andaba cerca, aprovechaba para fulminarlo con la mirada, como si cincuenta años después aún siguiese reprochándole haber desaprovechado aquella oportunidad–. Su esposa, en cambio, la pobre señora Tortelloni, era encantadora. En más de una ocasión nos trajo algún plato italiano que había cocinado ella misma. No es que fuese amiga de nuestros padres, no, era únicamente por cortesía... Entonces aún se hacían estas cosas, no como

ahora que cada uno va a lo suyo. Yo era demasiado joven para hablar con ella, pero la recuerdo muy bien, siempre vestida de colores claros, muy sencilla, y eso que debían de tener mucho dinero. Murió muy pronto, la pobre. Creo que fue de una neumonía o de un catarro, no sé. ¡Ay, el hombre propone y Dios dispone! Tenían una hija pequeña, más joven que yo, pero ya os lo he dicho, teníamos muy poco trato. Además, salían mucho de viaje. A veces él solo, otras veces los tres. Iban y venían sin decir nada a nadie. Un día estaban y al día siguiente ya no. Así las cosas no era adecuado presentarse sin más en su puerta. ¡Que no oiga yo que os presentáis en una casa a la que no hayáis sido invitados! –nos advertía, alarmada ante esta idea pese a que nada nos parecía a nosotros más improbable–. Además, si os digo la verdad, nunca sentí curiosidad por esa casa, ni por lo que hubiese dentro. Ese era vuestro tío, siempre con el “palazzo” que si esto, que si aquello. Pues, ya lo véis, ahí sigue. Cualquier día comenzará a caerse a pedazos y no tendrán más remedio que demolerlo.

Cuando decía esto lo hacía con la boca un poco crispada, y yo no sabía si era porque amaba o porque detestaba aquel edificio. Fuese como fuese ella recordaba con claridad, mejor incluso que el tío Edmundo, otros muchos detalles, y si tenía un buen día nos describía entre burlas a los turistas extranjeros que llegaban por aquel entonces a la plaza, acalorados y cansados, cargados con sus guías de viaje y buscando el Museo Tortelloni.

–Seguramente habría más como ellos –aseguraba–. Muchos más, todos dando vueltas por la ciudad, preguntando por un museo que nadie de aquí conocía.

¡El Museo Cerrado! ¡Cuánto habíamos hablado de él!
¡Cuántas veces mis primos y yo habíamos imaginado qué

habría sido de la enorme serpiente y de todos los tesoros que custodiaba! Y sin embargo, aquella tarde, sentada frente a la fuente y mirando sin ver las tórtolas que se arrullaban junto a ella, esas historias carecían de importancia y era la proximidad del frente, la ausencia de mis padres y la solitaria noche que me aguardaba lo único que parecía real.

Cuando oscureció del todo entré de nuevo en la casa con el corazón en un puño. De puntillas me deslicé hasta la habitación de mi tía, donde sabía que guardaba para nosotros caramelos de naranja y de limón en una copa fabricada con la concha de un gran caracol marino. Saboreando uno de ellos logré recuperar un poco el optimismo y decidí que ya era suficientemente tarde como para poder irme a la cama sin remordimientos.